

igual competencia con los Evangelios, el autor este sin embargo sin mayores estigmas. Y aunque siempre resultarán ociosas, y hasta impertinentes, esas novelizaciones de lo innovelable, hay que reconocer que, aún en pleno trance de profanación más o menos vergonzante, se logra en este relato recrear una situación que no deja de ser seleccionadora, ya porque resulte de acatar al pie de la letra los textos consagrados, o ya porque resulte de surcir, en otros casos, eventos de cosecha propia, como el de Judas, por ejemplo, rehabilitado una vez más como víctima a la segunda potencia, tenebroso colaborador del profetizado sacrificio del Mesías.

La lectura, salvo cierta tendencia a una terminología refinada, mantiene casi siempre en interés, a favor de una unción de buena ley y de un más que mediano poder de evocación de paisajes y de personajes. Se utiliza para ello un relato lineal en tercera persona, con diálogos al modo teatral intercalados. Sólo la propia impaciencia del autor, presunciendo acontecimientos y adelantándose a su devenir con comentarios a veces improcedentes, destruye en parte el sortilegio de una acción que, tal como se plantea en la novela, ganaría con ir surgiendo limpiamente de sí misma. Sin contar con que las reflexiones del autor, muchas veces perspicaces, no están en otras a la altura de sucesos tan trascendentales. El Mal, por ejemplo, no aparece siempre situado dónde y cómo corresponde, pues parece excesivo identificarlo, como se hace en un pasaje, con Atalía ("la Tierra"), la cancherosa enamorada de Jesús.

El saldo, sin embargo, es favorable. La novela se lee bien, y aún para quien el resultado no llegue a ser digno de tan eminente biografiado, el autor merecerá ser perdonado por la respetuosa devoción con que llega a registrar en el plano de la conciencia moral, hechos que, aún para aquellos que no creen importa mucho más considerar en el plano de la conciencia religiosa.

W. L.

* **CARLOS E. QUIROGA: JESUS DE NAZAREH.** Buenos Aires, *Compañía General Fabril Editora*, 1961, 298 pp.

Al convertir en novela la vida de Jesús —empresa que nomote Quiroga, luego de tantos otros— tiene que sufrirse la irreparable mengua de rebajar a coyuntura humana un acontecimiento que, "créase o no", extrae de su carácter sagrado una dimensión insustituible. Convertir así a Jesús en simple hijo de José, sus curaciones en casos de sugestión, y su filiación divina en una mera conciencia de su dependencia del Todo; despojarlo de su misión mesiánica y reducirlo a "héroe del Ideal absoluto", es faena que ya cumplieron muchos descreídos, afanosos por endilgarle al lector su propia filosofía. De esa des-